

## **Flora**

*Martínez Bellido*

El mecanismo fotográfico se basa en una estrategia de sustitución material. La cámara extrae la apariencia visible de cada objeto, la desliga de su existencia y la vierte sobre un nuevo soporte, generalmente más estable que el original. Metal, vidrio, papel, plástico, semiconductores: cualquier componente es más duradero que el instante registrado y, a menudo, más que la materia que nos conforma. Por ello, la concepción tradicional de la fotografía como objeto de memoria se apoya sobre la capacidad que tiene la imagen para perdurar sobre su referente. Consagrada a salvar las apariencias cambiantes del mundo, la fotografía lleva implícita la promesa de la estabilidad. Sin embargo, el papel amarillea y se degrada, la gelatina se craquela, la plata metálica se ioniza y migra a la superficie de la película hasta espejarla, los colorantes se desvanecen desigualmente, el mecanismo de lectura de los discos duros se corrompe y su capa magnética se araña, los archivos sufren daños en su código. La exposición a la luz, la manipulación, la humedad, los químicos ambientales, las variaciones drásticas de temperatura y la acción de ciertos microorganismos son los modos que tiene el tiempo de pasar sobre nuestras imágenes porque nada, ningún cuerpo o soporte, es ajeno a los cambios de la naturaleza.

Esta muestra parte de un grupo de fotografías estereoscópicas de arboledas y zonas boscosas sobre las que han brotado multitud de hongos. Colonias de microorganismos que conquistan lentamente las imágenes y forman un peculiar enjaulado de filamentos con resonancias vegetales. Un bosque secreto que se superpone y mezcla con las viejas arboledas, que replica sus formas y se alimenta de ellas, sumiéndolas de nuevo en los incesantes ciclos de florecimientos y desgastes que nos atraviesan a todas las cosas vivas.